

fica, se modelase con ellos su simpática efigie, que la posteridad saludaría con respeto, en honor de la arcilla humana que encerró el fuego sagrado que anima el plomo y da calor á las almas.

¡Adiós, Juan Carlos! ¡Duerme en paz el sueño de los buenos, en brazos de dos pueblos hermanos, que te amaron en vida y te lloran y te llorarán por siempre en la muerte!

LXXXIII

LA LUCHA Y EL TRABAJO POLÍTICO

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL MEETING  
POPULAR CELEBRADO EN BUENOS AIRES EL 4 DE ABRIL  
DE 1886, CON MOTIVO DE LA ELECCIÓN DE PRESIDENTE  
DE LA REPÚBLICA

Abril 4 de 1886.

Señores:—Todo está dicho, y dicho con elocuencia y con verdad, en presencia de los hechos, severo comentario de las palabras, y que la historia recogerá para vergüenza de unos y para honor de otros.

Ahorremos palabras, que el tiempo es corto y la tarea larga, y démonos cuenta de lo que queremos, y de lo que debemos intentar y ejecutar con ánimo deliberado en los momentos solemnes que atravesamos.

Nos han tocado en lote tiempos difíciles: tiempos de lucha y de trabajo; menos gloriosos y menos trágicos que los que encierran las tres épocas señaladas de nuestra historia política; pero no menos duros en la acción sin tregua, no menos fecundos en el orden de las aspiraciones reparadoras que nos unen, y que nos congregan aquí, bajo las sanas inspiraciones del patriotismo.

Esto debe confortarnos y levantar los corazones, porque nos da la conciencia de que somos los continuadores del progreso común, que se elabora de generación en generación, manteniendo la solidaridad moral de los espíritus fuertes, sin perder los grandes rumbos y los grandes objetivos, que perseguimos con fe y con aliento, en medio de la confusión de los principios conculcados.



Nuestra tarea es impropia y arduo el problema que tenemos que resolver; pero por eso mismo el mayor esfuerzo tiene necesariamente que producir el mayor resultado.

A los grandes fundadores de nuestra patria tocó en suerte darle su independencia y echar los fundamentos inmovibles de la república democrática.

Los que vinieron después, tuvieron que buscar su camino por rumbos inciertos, en medio de los dolores de una sangrienta guerra civil, en que las fuerzas políticas y sociales hubieron de aniquilarse.

A los que hemos sido los intermediarios entre dos generaciones, tocó luchar contra la tiranía y derribarla, alcanzando al fin la felicidad de formular y promulgar las instituciones de la República que aseguran la libertad de todos y para todos.

Esas instituciones peligran hoy fundamentalmente, se ha dicho por el órgano de los partidos unidos, y el eco de las provincias oprimidas, que han luchado y luchan heroicamente por la reivindicación de sus derechos, ha repetido que la Nación está desgobernada, bajo el imperio de lo arbitrario y del personalismo, sostenidos por gobiernos refractarios, que han aplicado las fuerzas oficiales á objetos ajenos y contrarios á su mandato.

Mantener y defender esas instituciones, consolidando sus cimientos, y trabajar para que ellas sean una verdad, ésa es nuestra tarea.

Hacer que el gobierno sea ejercido por mandatarios fieles, que él no sirva á la satisfacción de apetitos sórdidos, poner los medios para que el que se adueña del poder no sea el dueño de las libertades de los argentinos, crear una fuerza que equilibre pueblos y gobiernos, reivindicar á este fin el sufragio libre obstruido por el oficialismo corruptor, y concentrar todas las fuerzas en este sentido para que produzcan resultados eficientes, tal es el arduo problema que tenemos delante de nosotros, y que nos corresponde resolver.

La obra en que estamos empeñados requiere tanta fortaleza como abnegación, porque somos los jornaleros, y

porque representamos el ideal, que es el espíritu inmortal que anima todas las cosas, y cuya fórmula política es la ley fundamental de la República; pero el ideal que procura dar cuerpo al grito de más libertad y más justicia, que viene de abajo, para que repercuta en las alturas, condensando las fuerzas de la opinión, combinándolas, utilizándolas para bien y honor de los contemporáneos y de los que después de ellos continúen la obra sucesiva de la educación constitucional del país.

No somos náufragos en nave desmantelada, que marchemos al acaso á merced de los vientos; somos los conductores de la que lleva los destinos de todos, y que tememos que conducir á buen puerto para salvar las instituciones de la República, que no pueden nunca naufragar. Somos la esperanza, y los votos de nuestros conciudadanos libres nos acompañan.

Para penetrarnos de esta verdad visible y tangible, no tenemos sino imaginarnos cuál sería el oprobioso y desconsolador espectáculo que la República Argentina ofrecería al mundo, si el sentimiento de su decoro, y el saludable instinto de la conservación, no nos hubiesen unido, y si, en oposición á las imposiciones personales, no se hubiesen levantado protestas enérgicas y fuerzas vivas de opinión, invocando el derecho pisoteado y la dignidad humana vilipendiada.

Habíamos descendido al bajo nivel de esas desgraciadas repúblicas americanas, que son el ludibrio de la democracia, dominadas por un personalismo repugnante y egoísta, sin moral, sin contrapeso, sin correctivo, sin freno, y hasta sin la esperanza de reivindicar sus libertades por otros medios, que los de la violencia sangrienta ó la descomposición pútrida de las fuerzas opresoras.

Así, esto no es solamente una asamblea popular, una manifestación electoral, una proclamación de candidato de partidos coaligados, es más que eso; un tribunal, compuesto de hombres probados de todos los tiempos y de todos los partidos, responsables ante sus contemporáneos y ante la historia, que en el hecho de formular una protesta contra



la imposición, salva el honor del pueblo, condena una época de decadencia gubernamental, y venga la moral pública ultrajada con su veredicto justiciero.

Pisamos todavía el terreno de la Constitución; mantengámonos en él.

Si se nos cierra el acceso al registro cívico, como se ha hecho ya; si se nos rechaza á balazos de los comicios como también se ha hecho; si se encarcelan ó se matan á los ciudadanos independientes para que no voten, como se está haciendo; si se declara acto de sedición reunirnos pacíficamente, votar, formar colegios electorales, como ha sucedido; si por medio del fraude se expulsan de los parlamentos á los electos del pueblo, como se pretende; si se nos destierra de la vida pública, obstruyéndonos los caminos legales, reduciéndonos á la condición de parias en nuestra propia patria; entonces se habrá consumado la subversión liberticida en lo alto del poder, con la complicidad de los poderes públicos colocados fuera de la Constitución.

Entonces todo quedará librado á la fuerza bruta, sin más solución que ella misma, extremo fatal que queremos y procuramos patrióticamente prevenir, conjurando con nuestra actitud cívica ese gran peligro.

Contra estos propósitos conservadores y patrióticos, contra estas aspiraciones legítimas y generosas, reaccionan únicamente los que, haciéndose cómplices de los atentados de que son víctimas sus compatriotas, sus hermanos, proclaman la teoría cobarde del éxito de la fuerza, para lucrar con los beneficios de un triunfo bastardo, plegándose al que consideran vencedor, sin voluntad, sin conciencia, sin pudor.

No hablemos más de ellos, y pasemos: no tienen el coraje de luchar por sus creencias, ni la fortaleza para trabajar como jornaleros, y se pasan sin bandera á los que consideran vencedores, para arrastrar su carro de triunfo, como esclavos pasivos del mal, que no se atreven á contrarrestar.

No habría batallas en la vida, ni acciones y reacciones

saludables para labrar el propio destino, si en la lucha entre el mal y el bien, los que han de dar y recibir golpes se substraesen cobardemente á ellos, abdicando hasta la calidad de hombres, para no ser ni yunque ni martillo.

Hablemos de los que saben luchar, trabajar y afrontar hasta las derrotas, para obtener y merecer la victoria final, que es la corona de los fuertes, de los que se gobiernan por sus propios impulsos, y no al empuje de la fuerza adversa que los sacude como bultos inertes.

Hablemos de Moreno, sepultado en la inmensidad de los mares, cuyo espíritu emancipador resurge y se dilata en un nuevo mundo de libertad;—recordemos á Rivadavia, cuya idea regeneradora se sobrepone al atraso, y se impone como una ley que nos gobierna desde la tumba;—rememoremos á Lavalle muerto, cuyo cadáver triunfa de la tiranía vencedora, y recibe la apoteosis de la posteridad agradecida. Hablemos también, señores, de dos generaciones viriles, que lucharon con armas desiguales, y supieron afrontar valientemente hasta la derrota, y por eso triunfaron en definitiva. Ellos tienen aquí sus genuinos representantes de acción y de pensamiento, que acompañan á la actual en su protesta, después de haberle dado el ejemplo.

Y todos nosotros unidos y reunidos, animados de un sentimiento unísono, presentamos hoy á nuestra patria un espectáculo nunca visto en ella, de hombres venidos de todos los extremos del horizonte argentino mancomunados en un propósito sano; de partidos, ayer divididos, que hoy se aunan en nombre de un interés supremo; de ambiciones legítimas que abdican en homenaje á la aspiración de salvar las instituciones; de buenas voluntades que concurren al bien común, para formar un todo compacto, en una palabra, de este movimiento vital de opinión robusta, que se condensa en legión, se convierte en fuerza, y obra sobre la masa, imprimiéndole sus poderosas vibraciones.

Esto es lo que representa el movimiento de que formamos parte, y la candidatura del digno ciudadano don Manuel Ocampo, levantada por el común acuerdo de los parti-



dos unidos y sancionada por la opinión pública, es su más alta y genuina expresión.

Esa candidatura, como la idea que le ha dado ser, no es una transacción entre principios antagónicos, ni una solución parcial entre partidos electorales, sino una candidatura de unión de todas las voluntades, una condensación de todos los espíritus independientes, de apaciguamiento y de regularización de la lucha en el terreno legal, que simboliza las aspiraciones de todos y cada uno, sin menoscabo de nadie, con honor y beneficio para todos, porque representa la libertad y la pureza del sufragio popular, la moralidad administrativa, la reconciliación de pueblos y gobiernos divorciados, el equilibrio armónico entre el orden y la libertad, que dé á todos los partidos su carta de ciudadanía, cerrando el período de las revoluciones, sea que ellas vengan de abajo, ó bajen de lo alto.

Es esto lo que buscamos, esto es lo que queremos, lo que tenemos derecho á exigir, y lo que alcanzaremos luchando y trabajando.

La vida no merecería la pena de ser vida, si ella no fuese lucha y trabajo en pro del bien, que da su razón de ser á los hombres, su temple varonil á las almas, y á los pueblos su destino glorioso.

Luchemos y trabajemos. El triunfo final es nuestro.

LXXXIV

EN LA INAUGURACIÓN DE 54 NUEVOS EDIFICIOS DE ESCUELAS  
PÚBLICAS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Octubre 3 de 1886.

Señores: He puesto mi firma al pie del acta que inaugura cincuenta y cuatro nuevos edificios de escuela en la capital de Buenos Aires, y la he puesto de todo corazón animado de legítimas esperanzas en el porvenir de nuestra patria.

Dentro de veinticinco años la República Argentina cumplirá su primer centenario, y el mundo nos pedirá cuenta del uso que hayamos hecho de nuestra independencia. Espero que entonces podremos presentar todos los niños que nazcan en adelante sentados en los bancos de la escuela aprendiendo á ser ciudadanos libres, y mil edificios á semejanza de éste, que como otros tantos faroles irradian luz en todos los ámbitos del país.

Hoy podemos presentar ya ciento setenta mil niños que se educan y levantan todos los días nuevos edificios como éste, reveladores de nuestro progreso, templos en que se distribuye el pan de la instrucción popular.

No siempre el jornalero que deposita la simiente en el surco, recoge su fruto. Nosotros, más felices, podemos asistir á la primera gran cosecha, aspirando las brisas de la vida nueva, y descansar á la sombra de los años, seguros de que la semilla fecunda de la educación no se extinguirá jamás.

La generación que hoy se levanta y se educa en las escuelas públicas, es el fruto de la labor común en el espacio de setenta años de vida independiente. Ella está destinada



á reemplazarnos en la misma tarea, para ser mañana los maestros y más tarde nuestros jueces.

En presencia de esa generación nueva, que camina hacia adelante dejándonos atrás, debemos levantar nuestros espíritus, darnos cuenta de nuestra responsabilidad moral ante lo presente y lo futuro, y prepararnos á llenar cumplidamente los deberes que nos corresponden.

La antorcha de la educación arde hoy en nuestra mano, y me anima la esperanza de que la entregaremos encendida á nuestros hijos, para que guíe nuestros últimos pasos, y alumbre los anchos senderos de la República en marcha hacia los grandes destinos que la esperan en lo futuro.

LXXXV

LA PROTECCIÓN DE LOS ANIMALES

DISCURSO PRONUNCIADO  
EN LA PRIMERA SESIÓN ANUAL PÚBLICA DE LA SOCIEDAD  
PROTECTORA DE ANIMALES DE LA REPÚBLICA  
ARGENTINA

Octubre 11 de 1886.

Hace muy pocos años—podemos decir, ayer,—la «Sociedad Argentina Protectora de Animales», era apenas un embrión de aspiraciones selectas, de que muchos se burlaban. Hoy, es no sólo una institución pública, sino, lo que es más, un sentimiento nuevo que se ha incorporado á nuestro ser, que obra como una potencia latente, y se manifiesta por su benéfica influencia en medio de ovaciones populares. En tan corto espacio de tiempo, tiene ya su historia y su hoja de servicios. Merced á ella, y por su acción internacional, el mundo ha reconocido nuestros títulos como pueblo culto en lo que se relaciona con las razas inferiores, y ha contribuído así eficazmente á nuestra educación social, despertando el espíritu solidario de benevolencia recíproca y protección mutua que los seres de la creación se deben entre sí, obedeciendo á leyes conservadoras y moderadoras. Débese á ella también, haber impedido entre nosotros la restauración de las bárbaras corridas de toros, provocando un movimiento de opinión en nombre de la civilización y de la humanidad. Por último, señoras y señores, gracias á ella, se ha economizado un gran caudal de fuerzas vivas, que hoy funcionan activamente como agentes de nuestro



progreso, y que sin su saludable intervención se habrían dissipado estérilmente debilitando la llama de la lámpara de la vida.

Si hubiéramos de buscar el origen de este sentimiento en la humanidad, lo encontraríamos tal vez en el caritativo apostolado de Francisco de Asís, que apartaba el pie de su camino para no pisar al miserable insecto, hablaba familiarmente con las bestias y las hacía amar de los hombres enconados, para que se amasen entre sí, y por eso vivió creyendo oír hasta las bendiciones de los irracionales, y su muerte fué llorada por un coro de aves canoras que se posaron en su pobre celda de Santa María de los Angeles. De esta fuente humilde brotó una inspiración del ideal, que con instinto más sano de las armonías de la Naturaleza, inculcó en las conciencias cualidades exquisitas, que se combinaron con las emociones del corazón dulcificando hasta las visiones pavorosas del más sombrío de los poetas, que unió á los amantes condenados á perpetuo vuelo, arrastrados por la tempestad de la pasión, como á dos palomas tiernas impulsadas por el soplo de la eterna simpatía. Pero la protección legal de los animales contra la crueldad humana, ó sea contra las arbitrariedades inútiles y perjudiciales del amo contra el esclavo indefenso, es una institución muy moderna, que todavía no cuenta medio siglo de existencia. Y, sin embargo, ya es una ley, es una fuerza activa, es un sentimiento que vive y obra en nuestras almas como un resorte secreto que pone en vibración las cuerdas sonoras del instrumento humano.

La teoría en que se funda la protección á los animales contra los actos de crueldad del hombre, que son verdaderos actos de bestialidad, tiene por razón de ser el principio de la justicia distributiva á todo lo que está sometido á la ley que lo gobierna. Si el hombre es el rey de la creación, lo es á título de regulador racional y no de tirano, y no debe serle permitido, como á todo poder limitado por una Constitución natural ó escrita, sino aquello que es justo y necesario. Y cuando su interés se combina felizmente con la moral, que debe ser su norma, entonces la institu-

ción, además de tener su razón de ser, tiene en sí misma su precepto y su sanción.

La iniciación de esta teoría y su aplicación práctica, corresponde á la libre y humanitaria á la par que positiva Inglaterra. Ella fué la primera nación del mundo que proclamó el principio—que hizo bueno con su fuerza y con su ejemplo—de que el negro era un ser racional, que tenía los derechos de tal, cuando los sabios discutían si pertenecía ó no al orden de los animales inferiores. Y dando un paso más en este sentido, fué la misma Inglaterra la que en 1809 proclamó por la voz elocuente de lord Erskine, el principio que Richard Martín formuló en ley de 1842, estatuyendo que los animales eran acreedores á ser tratados con humanidad y con justicia. Desde entonces, las sociedades protectoras de animales son atributo indispensable de todo pueblo culto donde la noción elemental del derecho haya penetrado en sus múltiples y variadas aplicaciones. Es la consagración del derecho común de todos los vivientes, ante la ley equitativa de la Naturaleza.

Aquí vemos, señoras y señores, á una Nación tan positiva como la Inglaterra, ponerse á la cabeza de un movimiento que incorpora á su legislación un sentimiento, porque con su penetración de las leyes correlativas de la vida, comprendió que proteger á los animales y velar porque se les trate con humanidad, es decir, con justicia, no sólo es acto de moral social sino también un medio de fomentar directamente la riqueza pública. En efecto, tratar con humanidad y con justicia á los animales que son pacientes cooperadores del trabajo humano; conservar y mejorar las razas útiles asociadas á su vida diaria en las mejores condiciones posibles; prevenir los hechos de crueldad que dañan á la sociedad, son actos preventivos y conservadores que fecundan el capital circulante á la vez que elevan el sentido moral.

Es no sólo obra de misericordia dar de beber y comer á los ganados hambrientos y sedientos del consumo de las poblaciones, sino también una precaución higiénica que refluye en bien de la salud. Simplificar los procederes san-



grientos de los mataderos, es suprimir el dolor en la hecatombe necesaria y el espectáculo de operaciones crueles que barbarizan. Evitar que las bestias de tiro y carga sean sometidas á una fatiga superior á sus fuerzas, es medir la resistencia por el resultado útil y durable, en el consorcio del trabajo entre el hombre que manda y la bestia que obedece, sea que abran juntos el surco del pan de cada día ó arrastrasen bajo el mismo yugo el peso de su existencia.

Tal es el vasto campo de acción de las sociedades protectoras de animales. Debemos, pues, felicitarnos que el noble sentimiento que les dió vida se haya aclimatado entre nosotros. Faltaba sólo para completar su triunfo, que la mitad más amable de nuestra especie, que tiene la misión de mantener perenne el fuego sagrado de la sensibilidad en el altar de la familia, le prestase su concurso, y hoy se lo ofrece. Esa es su corona.

Señoras y señores: Al celebrar esta primera sesión anual de la Sociedad Protectora de Animales entre nosotros, saludamos á sus valientes iniciadores y promotores, que han tenido el raro coraje de ponerse del lado de los débiles, que ni defenderse ni quejarse siquiera podían, y especialmente al señor Domingo Faustino Sarmiento, que le inculcó el aliento vital, le dió nervio y agregó á nuestra sociabilidad este órgano complementario. Y al levantar nuestras almas en medio de esta atmósfera simpática, animemos el generoso propósito de propender á que todos los seres de la creación alcancen bajo nuestro benigno cielo, la humanidad y la justicia que á todos es debida, al amparo de leyes protectoras que gobiernen equitativamente á hombres y animales.

LXXXVI

PROCLAMACIÓN, EN SAN NICOLÁS DE LOS ARROYOS,  
DEL DOCTOR E. COSTA, CANDIDATO Á LA GOBERNACIÓN DE  
BUENOS AIRES

Octubre 24 de 1886.

Señores:—Acaba de decirse: que, aun los que siguen otra bandera, reconocen que esta manifestación—más bien en honor de una idea que de un candidato—es «un estremecimiento de la opinión», que reanima las esperanzas patrióticas, da nuevo temple á las almas, y vindica la moral pública ultrajada, protestando contra la corrupción política, sin más armas que la de su derecho, y sin otro propósito que el de dar el ejemplo de la abnegación cívica en pro de una aspiración suprema, que es condición de vida para todo pueblo libre.

En presencia de esta imponente manifestación, yo me siento también profundamente conmovido, y experimentando los estremecimientos generosos de lo presente, me siento á la vez arrastrado hacia lo futuro y atraído hacia lo pasado, como por dos corrientes poderosas que se confunden en una sola. Paréceme sentir en este momento las palpitaciones de mis antiguos compañeros de trabajos y peligros en el curso de treinta años de lucha, que se prolongan en sus hijos, con la misma varonil intensidad. En medio de esta gran escena popular, vienen á mi memoria los nombres y las fatigas de esos antiguos compañeros—algunos que han sobrevivido estarán presentes aquí—(Muchas voces: «Sí, aquí estamos»), que á la sombra de la bandera del histórico «Batallón San Nicolás», arrimaron por tres veces sus pechos esforzados contra las trincheras de Buenos



Aires, y por tres veces contribuyeron á salvar su capital histórica. Recuerdo á los que con esa bandera cayeron en Cepeda, triunfaron en Pavón, se batieron como marinos en las aguas del Paraná frente á su ciudad natal, y pelearon heroicamente en Uruguayana y en los campos del Paraguay. (Prolongados aplausos). Y no puedo olvidar, que una vez, cuando los soldados de San Nicolás regresaban á sus hogares coronados de laureles, coronaron el martirio volando una parte de su batallón en la trágica explosión del «Ultram», legando á sus hijos, aquí presentes, la fortalesa de aquellas almas que combatieron siempre sin desmayo por la causa de la libertad y los principios. (Grandes aplausos.)

Puedo considerarme como miembro de la familia de San Nicolás, y como tal, evocar algunos recuerdos familiares que se ligan con la historia de lo pasado y pueden tener tal vez su aplicación en la vida contemporánea, reviviendo las recíprocas simpatías.

Recuerdo que hace más de veinticinco años, llegaba á esta ciudad, atravesando las líneas enemigas. Venía á pedir á las madres de San Nicolás sus hijos, para llevarlos al campo de batalla. No les respondía si sé los devolvería vivos ó muertos; pero sí llenos de gloria como siempre. Después de una jornada de treinta leguas, cubierto con el polvo del camino, recibí una afectuosa hospitalidad que no he olvidado. Me presentaron un lujoso lavatorio lleno de esencias de rosa, de jazmín y de violeta, con profusión de agua de Colonia, en que no había una sola gota de agua fresca. Pregunté si el Paraná, que corre á su pie, se había secado. Después, me brindaron con una mesa no menos suntuosa, en que todos los manjares eran dulces, caballos de ángel y flores. Pregunté si se habían muerto las vacas y carneros que hacían la riqueza de esta localidad, esterilizándose los ricos prados que los alimentaban. Por último, me ofrecieron para descansar, una cama con almohada de encajes, más propia para una sílfide que para un soldado. Estos recuerdos me sugieren otras preguntas hoy.

¡Qué! ¿No hay un poco de agua pura en esta tierra, para lavarnos del lodo con que hemos sido salpicados en el camino que recorreremos? ¡Qué! ¿No hay brazos robustos, que si no de espadas, se armen al menos de esponjas para limpiar la vida pública manchada? ¿Será que en estas tierras fecundas y bajo este cielo propicio, no hay un alimento sano para este pueblo hambriento de libertad, de justicia y de honradez? ¿No habrá un lecho blando para esto que se llama el pueblo argentino, atormentado por medio siglo de dolores, digno de reposar sobre un lecho de rosas, y cubierto por el manto protector de una autoridad, ya que no justa y equitativa, por lo menos caritativa?

Es ésta la tarea en que estamos empeñados, y á estas legítimas aspiraciones responde esta manifestación popular. Esta tarea no es política, sino en su forma; no es cívica, sino en sus ideales; es una tarea solidaria de conservación social, en que hasta el instinto señala á cada uno su puesto de labor. Toca á los grandes centros como San Nicolás, ponerse frente de este movimiento regenerador, para dar consistencia á la opinión, formar el espíritu municipal, purificar el sufragio, vincular á la política y al patriotismo los grandes intereses de la sociabilidad en armonía con los de las localidades y de los individuos, á fin de que no se esterilicen los sacrificios hechos en pro del bien, se fomenta la felicidad común, y sean todos mejor gobernados en las diversas esferas de la administración, cuyo conjunto constituye el gobierno de lo propio. (Aplausos.)

La tarea es ardua, pero hemos de llevarla á cabo; porque, como acaba de decirse, si este movimiento saludable de la opinión que despierta no es el augurio del triunfo, es al menos la protesta solemne contra el funesto sistema que impera: es el principio del fin, y perseverando, la victoria es nuestra. A pesar de los vientos contrarios que á ello se oponen, hemos de llevar á puerto nuestra nave, que nunca perdió el rumbo; y hemos de depositar como ofrenda en el altar de nuestra patria, su bandera votiva y su vela salvadora. (Grandes aplausos y vivas.) Y si nosotros—espero que seremos nosotros, porque ya el horizonte se ilu-



mina con luces nuevas—y si no nosotros, serán nuestros hijos, á quienes señalamos desde ahora el término del viaje, después de tantas tempestades que han puesto á prueba la fortaleza de las almas que no desmayan.

En una reciente manifestación popular, análoga á la que hoy se verifica, he dicho, que tal vez la aurora de la vida nueva iba á brillar en la ciudad de Mercedes, y ella á merecer el título de la capital del sufragio libre. Esto dije en un punto céntrico de nuestro territorio, hacia donde convergían las corrientes de la opinión electoral y se condensaban todas las nobles aspiraciones del patriotismo. Ahora digo. ¿Por qué en este limitado mundo político, no sería San Nicolás el polo norte, donde la aguja magnética se levanta vertical apuntando al cielo? (Grandes aplausos.) ¿Por qué no sería su polo sur la ciudad de Dolores, allí donde el pueblo protestó contra la tiranía, y donde se clavó en una lanza la cabeza de Castelli, martir de la libertad? (Grandes aplausos.) Así sería Mercedes su Ecuador. (Aplausos.)

Estos tres puntos señalan las tres grandes zonas que abrazan las aspiraciones de la provincia de Buenos Aires. Ellas están marcadas en todas sus latitudes por la declinación de esa aguja magnética que cada uno lleva en su corazón, y que obedece á irresistibles atracciones. Ellas determinan la altura del sentimiento cívico, lo mismo en San Nicolás, en Mercedes, en Dolores, en San Pedro, en el Pergamino, en Arrecifes, en el Baradero, en Luján, en el Azul, en el Tandil, en el Bragado, en Chivilcoy, centro del Oeste, como Mercedes, en Chascomús, la recordación histórica, y... Pero tendría que recorrer ochenta partidos de campaña, nombrando á todos, y llego hasta Bahía Blanca y Patagones, hasta donde alcanzan los últimos estremecimientos de la opinión, trazando sus seguros derroteros. Con estos luminosos puntos de marcación, no hemos de perder los grandes rumbos. (Aplausos.)

A San Nicolás de los Arroyos, que estuvo siempre á la vanguardia del peligro y al frente de los sacrificios, como intrépida cabeza de columna de la causa de la liber-

tad, toca ponerse al frente de la actual lucha cívica, dando como siempre el ejemplo de la fortaleza y la constancia en pro de la buena causa. (Aplausos prolongados.)

En la víspera de todas las batallas, los corazones más fuertes dudan de quién será la victoria. En presencia de esta manifestación no cabe esa duda. El triunfo es del candidato del pueblo, porque no hay un triunfo mayor para un ciudadano que ser aclamado por un pueblo libre y merecer sus sufragios. (Aplausos y vivas.)

¡Hurra por el candidato popular Eduardo Costa, digno de representar este movimiento cívico! (Hurras y aplausos.) ¡Hurra por el pueblo de San Nicolás que lo aclama y lo sostiene con sus votos libres! (Hurras y aplausos.) ¡Hurra por la Provincia de Buenos Aires, digna de ser regida por un candidato que condensa los ideales del patriotismo, reanima las esperanzas y representa todas las imperiosas necesidades sentidas en todos sus ámbitos! (Prolongados aplausos y vivas.)



LXXXVII

RUFINO DE ELIZALDE

Marzo 14 de 1887.

Señores:—No corresponde á los amigos y compañeros de un muerto hacer su elogio público en presencia de su tumba, cuando él está en todos los labios, en su obra misma, y en la memoria querida y el ejemplo que lega á los que le sobreviven, dejando incorporadas en sus almas una parte de su ser moral.

Otros darán cuenta de la obra del Dr. Rufino de Elizalde como hombre público, que fué larga, fecunda y no interrumpida en el espacio de treinta años de tormentosa lucha y de labor sin tregua, en que él fué uno de los combatientes y de los trabajadores en primera fila.

Hombre de Estado, publicista, orador, jurisconsulto y administrador inteligente, su nombre está inscripto en el registro de los documentos históricos que forman época y trazan rumbos, en las columnas de la prensa y los protocolos diplomáticos, en la tribuna parlamentaria, en el libro de la justicia imparcial y en los balances de nuestra riqueza, y esa obra le sobrevivirá envuelta en el movimiento colectivo de su tiempo, en que él fué actor, pensando, escribiendo, hablando, trabajando y batallando con perseverancia.

Yo hablo ahora con los que le amaron en vida y le lloran en muerte, con los que le conocieron de cerca ó de lejos, ú oyeron pronunciar su nombre con estimación y simpatía, haciendo justicia á sus altas cualidades como hombre y como ciudadano, y creo honrar como debo su memoria, interpretando su voluntad póstuma, al limitarme á bosque-

jar los rasgos prominentes de su fisonomía moral, tal como se refleja en este momento solemne en todas las conciencias.

Era una alma sana y nativamente buena, animada por la pasión del bien, é impregnada por las creencias que formaban parte de su naturaleza generosa y le daban su temple flexible y resistente.

Hombre de labor consciente, fué como el jornalero infatigable que derrama la semilla anónima á lo largo del surco de la vida, preparando la cosecha para todos, sin cuidarse de la gloria ni del provecho propio.

Hombre de lucha, apasionado, intransigente en sus principios, sin miedo para dar ó recibir heridas en pro de lo que consideraba justo y bueno, no abrigaba odios ni buscaba víctimas, y sólo combatía por el triunfo de sus ideas. Todos hacían justicia á la alta serenidad de su espíritu, á la pureza de sus propósitos, á la sinceridad de sus convicciones y á la generosidad de sus sentimientos, y por eso, si tuvo adversarios en vida, no tuvo nunca enemigos, como no los ha dejado después de tanto combatir en bien de todos.

Fué el fundador de su hogar y el maestro de su familia, desde que en tiempos difíciles repartía pan de puerta en puerta ó daba lecciones, hasta que elevado por sus méritos á los más altos puestos de la República, le dió el ejemplo de las virtudes modestas, y se retiró de ellos pobre y honrado, pidiendo tan sólo al trabajo el pan de cada día para él y para los suyos.

Su corona póstuma es la simpatía general que le acompañó en vida y no le abandona en su tumba, y que velará por su descanso eterno en la mansión de los buenos, que cumplen su fecunda tarea con abnegación y fortaleza, con moderación equilibrada, sin rencores insanos en el alma, y con el amor del bien común en su corazón.